

israel ante el escándalo del mal

"Y alabado. Auschwitz. Sea. Maidanek. El Eterno. Treblinka. Y alabado. Buchenwald. Sea. Mauthausen. El Eterno. Belzek. Y alabado. Sobibor. Sea. Chelmino. El Eterno. Ponary. Y alabado. Theresienstadt. Sea. Varsovia. El Eterno. Vilna. Y alabado. Skarzysko. Sea. Bergen-Belsen. El Eterno. Janow. Y alabado. Dora. Sea. Neuengamme. El Eterno. Putskow. Y alabado..."

Con estas palabras termina la novela de André Schwarz-Barth "El último justo". La alabanza divina atraviesa el espacio, esquiva la vigilancia de los centinelas y penetra por alambradas y muros en los más famosos campos nazi de concentración. La gloria del Eterno se mezcla con montones de cadáveres, hornos crematorios, muertos ambulantes, salas de gas y de tortura...

Y no sabemos qué prevalece. Siempre me ha causado la impresión de un final indeciso, ambiguo. Puede leerse con ojos de fe, con aceptación humilde y confiada de la voluntad de Dios. Y también puede leerse con una mueca cínica y amarga, en tono de blasfemia.

He querido comenzar con esta cita porque, en mi opinión, refleja esa misma ambigüedad que encontramos entre los antiguos israelitas cuando se enfrentan con el problema del mal. A veces resuenan la confianza y aceptación; otras se acusa a Dios despiadadamente; siempre se lucha con el misterio, intentando penetrarlo y comprenderlo.

A veces se piensa, de forma muy simplista, que Israel sólo se planteó el problema del mal en el libro de Job. Esta reducción es injustificable. Ya el autor del documento Yawista (que escribió probablemente hacia el siglo X a. C.) trató de explicar la dura realidad del dolor, del trabajo y de la muerte en su relato sobre el primer pecado (Gen 2-3). Las lamentaciones individuales (que constituyen un grupo numeroso de salmos) giran en torno al tema de la enfermedad, las persecuciones, las adversidades, etc. La obra histórica deuteronomista (que abarca los libros de Josué, Jueces, Samuel y Reyes) intenta comprender y justificar la gran catástrofe del año 586, cuando Je-

rusalén quedó arrasada y el reino de Judá desapareció de la historia. El libro de Job es famoso por debatir el problema del sufrimiento con una audacia y honradez sublimes. Y el autor del *Eclesiastés* no le va a la zaga en sinceridad, aunque su punto de vista sea distinto.

Resulta imposible exponer en pocas páginas los distintos planteamientos y soluciones que encontramos en el Antiguo Testamento. Me limitaré a indicar algunos aspectos del mal que más escandalizaron a Israel y las formas que entrevió de superarlos.

1. EL ESCANDALO DE LA INJUSTICIA SOCIAL

Uno de los problemas que más preocupó siempre a los israelitas fue el de las injusticias sociales las terribles desigualdades en el reparto de los bienes, la opresión que debían padecer los pobres a manos de los poderosos.

Las palabras de Jeremías: "¿Por qué prospera el camino de los impíos, por qué tienen paz los hombres desleales?" (Jer 12, 1) son una buena síntesis de las quejas que debieron alzarse a Dios con frecuencia, del escándalo que provocaban estas cuestiones en el israelita fiel. Porque la impiedad y deslealtad no debemos interpretarlas en sentido exclusivamente religioso; reflejan la postura de una clase social, la de los poderosos y ricos, por oposición a la de los pobres y honrados.

Hay tres salmos (37, 49 y 73) que tratan el tema de la buena fortuna de los malvados, mientras la gente honrada padece necesidad. Sus autores, y todos

los que los recitaron tras ellos, luchan por comprender cómo Dios permite estas injusticias que hacen dudar de su bondad.

"Para ellos no hay sinsabores,
no pasan las fatigas humanas,
están sanos y orondos;
ni sufren como los demás.
Por eso su collar es el orgullo,
y los cubre un vestido de violencia;
de las carnes les rezuma la maldad,
el corazón les rebosa de malas ideas.
Insultan y hablan mal,
y desde lo alto amenazan con la opresión" (Sal 73, 4-8).

Y mientras esta gente se siente segura y acumula riquezas (cf. 73, 12), al hombre pobre, escandalizado, "se le agría el corazón" (73, 21) y siente la tentación de exasperarse, de envidiar a los que obran mal (cf. 37, 1.7-8).

Si Yahweh es el Dios de los pobres y de los oprimidos, el que liberó de la esclavitud de Egipto, ¿cómo permite ahora un nuevo tipo de opresión y de esclavitud, esta ruptura de la fraternidad? El hombre choca con el misterio. "Meditaba yo para entenderlo, pero me resultaba muy difícil" (73, 16).

Porque la realidad va en contra de uno de los principios fundamentales que utilizó Israel desde antiguo para explicar el problema del mal: la correlación entre desgracia y pecado. Si a un hombre le van mal las cosas, si padece una enfermedad, le acosan sus enemigos, se arruina... es porque ha pecado. A la inversa, si un hombre peca atrae sobre sí un castigo inevitable, de cualquier orden que sea.

Pero, como acabamos de decir, este principio choca con la realidad. Es posible que al pobre le vaya mal por su pecado; pero, ¿no les va bien a los ricos precisamente porque son unos canallas, porque “desenvainan la espada y asestan el arco para abatir a pobres y humildes, para asesinar a los honrados” (37, 14)?

Hay que buscarle una solución al problema, hay que “meditar para entenderlo”. Con ligera diferencia de matices, la solución que ofrecen estos tres salmos es prácticamente la misma: no te preocupes, “aguarda un momento” (37,10), “les llega la hora” (37, 13). Lo que importa no es la situación actual, transitoria, sino el desenlace definitivo. Y este desenlace será distinto para pobres/honrados y ricos/impíos.

Debemos reconocer que resulta muy difícil concretar la suerte final de los justos/pobres. El salmo 37 resalta el tema de la posesión de la tierra (v. 9.11.22. 29.34), pero no sabemos qué se promete exactamente con esta “posesión de la tierra”; quizás desea asegurar a los pequeños campesinos que, a pesar de las ambiciones e intrigas de los poderosos terratenientes, conseguirán conservar sus propiedades. Si es así, debemos admitir que el salmo no aporta una solución muy clara, porque la experiencia demostró que muchos murieron esperando “sin conseguir las promesas”. Is 5, 8ss y Miq 2, 1ss nos hablan de campesinos pobres desposeídos de sus terrenos.

Los salmos 49 y 73 parecen dar un gran paso adelante: “A mí el Señor me salva, me saca de las garras del Abismo y me lleva

consigo” (49, 16). “Yo estaré siempre contigo; tú agarras mi mano derecha, me guías según tus planes y me llevas a un destino glorioso” (73, 23-24). Es probable que el problema no encuentre solución en esta vida; pero se espera una vida futura que invierta por completo la situación. Sin embargo, aunque bastantes comentaristas admiten la referencia a una vida futura, son también muchos los que la niegan. Realmente, no sabemos con seguridad qué solución entreveían los israelitas cuando rezaban estos salmos.

Pero si la suerte final de los pobres y honrados resulta oscura, la de los ricos e impíos no deja lugar a duda: “Se secarán pronto, como la hierba, como el césped verde se agostarán” (37, 2); “se marchitarán como la belleza de un prado, en humo se disiparán” (37,20); “son un rebaño para el abismo, la muerte es su pastor y bajan derechos a la tumba; se desvanece su figura y el Abismo es su casa” (49, 14-15). “Es verdad, los pones en el resbaladero, los precipitas en la ruina: en un momento causan horror, y acaban consumidos de espanto” (73, 18-19).

Si nos atenemos a las afirmaciones totalmente seguras e indiscutibles de estos salmos, debemos concluir que su solución se mantiene dentro del ámbito tradicional. Todo pecado atrae el castigo. Es posible que éste se retrase; pero no dejará de llegar. Por eso, la actitud que debe adoptar el hombre escandalizado por la injusticia no debe ser la exasperación ni la ira o la envidia; debe ser la espera y la esperanza, seguro de que Dios terminará realizando justicia.

2. EL ESCANDALO DE LA HISTORIA: HABACUC

Un tema muy parecido, pero considerado con una perspectiva más amplia, es el del libro de Habacuc, uno de los más misteriosos e interesantes de todo el A. T.

No trata el caso de unas personas que padecen hambre y necesidad mientras otras lo poseen todo; no son las injusticias de su país lo que preocupa a este profeta. Es todo la historia la que entra en juego, con un suceder de imperios despóticos y pequeñas naciones oprimidas. Es el escándalo de la historia, difícil de conciliar con la bondad de Dios.

El libro de Habacuc se ha prestado a numerosas interpretaciones, que sería absurdo recensionar aquí. Me limito a ofrecer la que juzgo más convincente.

Este profeta ha vivido años difíciles. Primero, la opresión asiria, que había tratado a los pueblos con yugo de hierro. "Su propósito era aniquilar, exterminar naciones numerosas" (Is 10,7); "golpeaba furioso a los pueblos con golpes incesantes, y oprimía iracundo a las naciones con opresión implacable... dejaba el orbe desierto, arrasaba sus ciudades y no soltaba a sus prisioneros" (Is 14, 6. 17).

Luego, cuando el imperio asirio camina a su fin y parecen avecinarse años pacíficos, los egipcios matan al rey Josías en la batalla de Meguido (año 609) y ponen en su lugar a un hombre ambicioso y despótico, Joaquín.

Entonces el profeta eleva su queja a Dios: "¿Hasta cuándo clamaré, Señor, sin que me escuches? ¿Te gritaré: "violencia",

sin que salves?" (Hab 1,2). No comprende que Dios contemple impasible las luchas y contiendas de su tiempo. Y el Señor le responde que piensa castigar a los opresores egipcios mediante otro imperio, el babilónico (1, 5-8).

Sin embargo, la respuesta de Dios es insatisfactoria. Porque los babilonios, con el paso del tiempo, resultan tan despóticos y crueles como los asirios y egipcios. Y el profeta se queja de nuevo a Dios: le duele la alegría con que el nuevo imperio se apodera de las naciones, y le duele sobre todo los sufrimientos de su tierra, y no comprende que Dios "contemple en silencio a los bandidos, mientras el malvado devora al inocente" (cf. 1, 12-17). Duda de que esta situación tenga rápido final, y en actitud vigilante espera una nueva respuesta del Señor (2,1).

Y éste replica que el momento de la venganza está cerca, llegará sin retraso (2, 2-5). Entonces todas las naciones oprimidas podrán entonar un canto burlesco contra el gran imperio vencido (2, 6-20). Pero antes habrá que derrotarlo. Y de eso se encarga el Señor personalmente, a través de esa manifestación grandiosa en que aparece como un guerrero cósmico que sale de su morada eclipsando el sol, desmoronando las viejas montañas, los collados primordiales. La Peste y la Fiebre están a sus órdenes. El Sol y la Luna contemplan su paso. Y Dios marcha "a salvar a su pueblo" (cf. 3,1-15). Nada extraño que el profeta, ante esta revelación escalofriante, exclame: "Gimo ante el día de angustia que sobreviene al pueblo que nos oprime" (3, 16).

Pero mientras hay que esperar. El profeta adopta la misma actitud que los autores de los salmos 37, 49 y 73. Ahora todo va mal, lo reconoce. Pero la situación cambiará en el futuro. Y esta conciencia de que Dios no tolera el poder imperialista (igual que no tolera a los ricos opresores) mantiene firme su confianza. Transponiendo el curso atormentado de la historia en imágenes del mundo agrícola y ganadero, el profeta de la duda y la queja termina con un grito de confianza y de fe en Dios:

“Aunque la higuera no echa yemas
y las viñas no tienen fruto,
aunque el olivo olvida su acetuna
y los campos no dan cosechas,
aunque se acaban las ovejas del redil
y no quedan vacas en el establo,
ya exultaré en el Señor,
megloriaré en Dios mi salvador”
(Hab 3, 17-18).

Habacuc se mueve dentro del ámbito tradicional. Es nuevo el planteamiento, que se centra en el escándalo de la historia en vez de fijarse en los problemas internos de un país. Pero la solución no difiere de la propuesta por los autores de los salmos antes mencionados. El futuro traerá la solución y dará sentido a lo que ahora parece incomprendible.

3. EL ESCANDALO DE LA VIDA: ECLESIASTES

La referencia al futuro nos hace pensar inmediatamente en el autor del Eclesiastés, tremen-

damente preocupado por este problema. Pero ahora todo se agrava. Porque, según este autor, el futuro no trae la solución; al contrario, plantea un interrogante terrible. Como ha escrito von Rad: “Qohelet siente el misterio del futuro como una de las mayores cargas de la vida” (La sabiduría en Israel, p. 301).

Tres adjetivos pueden servirnos para caracterizar este librito escrito entre los siglos IV y III a. C.: desconcertante, apasionante, escandaloso.

Desconcertante, sobre todo por su estructura y desarrollo. Cuando uno empieza a leerlo causa la impresión de un conjunto armónico, perfectamente estructurado, en el que las ideas se suceden con una lógica implacable (c. 1-2). Pero luego todo se complica. Las continuas observaciones personales se van mezclando con reflexiones, consejos, advertencias; se cambia de tema bruscamente, se vuelve a recoger el anterior. No tiene nada de extraño que se hayan propuesto estructuras e interpretaciones muy diversas. Pero no debemos negar a la obra cierta unidad y una lógica bastante coherente.

Apasionante, por ese estilo inolvidable, a veces con un ritmo lento y monótono (3,1-8), otras conciso; la ironía, el uso de espléndidas imágenes, la salida sorprendente, cautivan al lector. Apasionante también porque trata los temas más existenciales: la vida y la muerte, el sentido del trabajo humano, la posibilidad de un futuro, ... Y apasionante, sobre todo, por la personalidad del autor, que lo domina todo con sus anhelos íntimos, su búsqueda de la ver-

dad, sus observaciones continuas, sus conclusiones.

Alonso Schökel ha descrito muy bien el proceso espiritual del autor: "Qohelet quiere comprender el sentido de la vida, da vueltas en torno a ella como el viento de 1,6, y se estrella siempre en el muro de la muerte (...) Qohelet observa la vida en torno, después se levanta a reflexionar sobre ella y luego se levanta a reflexionar sobre su reflexión. Y en cada piso llega al desengaño" (Eclesiastés y Sabiduría, p. 14).

No tiene nada de extraño que bastantes personas se escandalicen de este escepticismo. De hecho, ya los judíos se preguntaban si este librito "manchaba las manos", es decir, si era posible considerarlo como Sagrada Escritura; pero terminaron por aceptarlo, igual que más tarde los católicos. Por eso, nuestra actitud no puede ser el escándalo, sino el deseo de aprender algo de su lectura.

No cabe duda de que Qohelet es un escéptico. Duda de cualquier cosa: de la justicia, de la sabiduría tradicional, del esfuerzo humano, de la capacidad de los gobernantes, del recto orden del mundo, de la inmortalidad, de la justa retribución divina en esta vida, que para él es lo único que cuenta. Nada queda en pie ante su crítica implacable. En definitiva, Qohelet no centra el problema del mal en unos hechos concretos, ni en el curso escandaloso de la historia; lo centra en la vida misma, absurda y carente de sentido. "Y así aborrecí la vida, pues encontré malo todo lo que se hace bajo el sol; que todo es vanidad y caza de viento" (2, 17).

Como ya insinuamos, en la base de esta concepción escéptica y pesimista se encuentra su visión del futuro. Qohelet está convencido de que el futuro está determinado por Dios, igual que todos los tiempos. Pero esto no significa para él un punto de reposo, algo seguro que aliente la esperanza y dé sentido a la vida. Al contrario, el futuro es impenetrable; el hombre no puede conocer lo que Dios ha dispuesto de él. Sólo una cosa ofrece el futuro con plena seguridad: la muerte. Por eso no es tiempo de salvación, no soluciona los problemas, sino que vuelve problemáticos todos los esfuerzos humanos y destruye el aparente sentido que podríamos encontrarle a nuestra vida.

La muerte es una idea obsesiva para Qohelet. Creo que habría firmado con gusto la famosa frase de Heidegger: "Un niño, desde que nace, es ya suficientemente viejo para morir". O esta otra de Camus: "El único problema consiste en saber si el hombre tiene o no que suicidarse".

Pero él no opta por la muerte ni el suicidio. Opta por el placer sencillo y cotidiano. "Yo alabo la alegría, porque el único bien del hombre es comer, beber y alegrarse; eso le quedará de sus trabajos durante los días de su vida que Dios le conceda vivir bajo el sol" (8,15). No se trata de una frase suelta; es un leitmotiv que se repite a lo largo de toda la obra con fuerza creciente (véase 2,24; 3,12.22; 5,17; 8,15; 9,7-10).

Estas palabras han servido para que ciertos autores clasifiquen a Qohelet entre los discípulos de Epicuro; pero la idea no parece muy acertada. Tam-

poco se trata del ansia de vivir que brota de la desesperación. Qohelet, que parece terriblemente pesimista, es en el fondo de un realismo sorprendente. Dentro de sus premisas teológicas, que no aceptan la resurrección, sólo le queda aceptar con resignada alegría los bienes de esta tierra. Y esta es su postura final, su único consejo. Qohelet, un intelectual nato, se plantea el problema del mal en profundidad, y llega a la solución menos intelectual posible.

No debemos pensar que su postura es típica de Israel. Aunque muchos pensasen como él, Qohelet es "un caminante solitario, ampliamente desligado de la tradición" (Von Rad). Pero su actitud es tan nueva que merece la pena fijarse algo más en las causas de lo que podríamos llamar "el fracaso intelectual de Qohelet".

Este autor se puso una tarea ambiciosa, inaudita hasta entonces en Israel; plantearse el sentido de la vida en conjunto y buscar la respuesta partiendo de la observación personal, sin aceptar la experiencia y el mensaje de la tradición. La labor era demasiado árdua, y con el paso del tiempo se fue quebrantando en él ese sentimiento de confianza que había permitido a los maestros antiguos mantener una postura de relativo optimismo en medio de las dificultades, o encontrar sentido a lo aparentemente absurdo.

En el fondo, lo que se ha resquebrajado en Qohelet es la relación con Dios. No se lanza impetuosamente hacia El, no entabla un diálogo, no se queja ni discute. Dios no es un Tú; es una tercera persona "que ha dado a los hombres una triste

tarea para que se atareen con ella" (1,13). Incluso cuando habla de sus dones sigue siendo un "El" lejano, impenetrable. Falta esa familiaridad e intimidad de trato que caracterizaba a sus predecesores. Quizás por eso no pudo pasar de una postura de serena resignación. No sabemos que podría haberle ocurrido si, en vez de pensar en el sentido de la vida y dedicarse a observar, se hubiese rebelado contra Dios. Pero la hipótesis es absurda, porque éste no es el caso de Qohelet, sino el de Job.

4. EL ESCANDALO DE DIOS: JOB

Pocos personajes del A. T. han sido tan mal interpretados como Job. No me refiero ahora a la interpretación del libro hecha por los comentaristas, sino a la idea que la mayoría de la gente tiene de Job: "el justo paciente", el hombre que acepta el sufrimiento con humildad y recupera como premio todo lo perdido. Sin duda, esta es la idea clave del relato en prosa que enmarca todo el libro (cap. 1-2 y 42,11-17). Pero no es lo fundamental, no constituye la verdadera aportación israelí a la antigua leyenda sobre Job. El auténtico mensaje del libro se encuentra en los cuarenta capítulos intermedios, escritos en verso. Y aquí Job no tiene nada de paciente, sino mucho de rebelde y blasfemo.

Esta gran sección poética (a la que no pertenecían originalmente los cap. 28 y 32-37) se puede dividir en dos partes. La primera (cap. 3-31) se desarrolla a base de una serie de diálogos entre Job y sus tres amigos (Elifaz, Bildad y Sofar). Con ligeras

diferencias de matices, los tres exponen las mismas ideas:

- Si Dios te aflige con el sufrimiento es porque has pecado;
- si has pecado, debes arrepentirte;
- si te arrepientes, Dios te devolverá todos tus bienes.

Con estas palabras sintetizan la postura tradicional de Israel a propósito del mal. Pero Job no acepta estas soluciones habituales, que considera pura palabrería: "Vosotros enjalbegáis con mentiras y sois unos médicos matasanos... ¿O es que intentáis defender a Dios con mentiras e injusticias?... Vuestras máximas son proverbios de ceniza, y de arcilla son vuestras réplicas" (13, 4.7.12).

Además, para Job no se trata sólo del problema del sufrimiento; la parte poética desborda con mucho el planteamiento del marco narrativo. Lo que está en juego es la vida misma, no tal dolor o privación. En esto se parece mucho al *Eclesiastés*, e incluso coincide con él en numerosas afirmaciones: el desprecio de la vida, el hastío, el absurdo absoluto de una existencia en la que el hombre "sólo siente el tormento de su carne, sólo siente la pena de su alma" (14,22; cf. 3,11-16.20-26; 7,1-6 etc).

Pero sería equivocado pensar que el problema de Job es el mismo que el del *Eclesiastés*. Aquí se da un paso adelante en el escándalo. Porque lo que se ha vuelto problemático para Job no es la vida, a pesar de su vacío, sino Dios mismo. A Job le duele el sufrimiento, le duele la vida, pero le duele sobre todo que Dios se haya vuelto su ad-

versario, lo persiga y acorrale, y encima se goce viéndolo sufrir, dándole caza como un león, "repiteando tus proezas contra mí, renovando tus testigos frente a mí, redoblando tu cólera contra mí, lanzando tropas de refresco sobre mí" (10, 16-17).

Y también le duele e irrita que Dios no quiera comparecer a juicio para reconocer la inocencia de Job; al contrario, si decidiese comparecer sería para triturarlo: "Aunque tuviera razón (yo), no recibiría respuesta, tendría que suplicar a mi adversario; aunque lo citara y me respondiera, no creo que me hiciera caso; me arrollaría con la tormenta y me heriría mil veces sin pretexto; no me dejaría ni tomar aliento, me saciaría de amargura... Aunque yo fuera inocente, su boca me condenaría; aunque fuera justo, me declarararía perverso" (9, 15-20).

Al silencio de Dios no responde Job con la resignación escéptica de *Qohelet*. Responde con la blasfemia, el único arma que le queda para provocar a Dios. Sabe que esto puede costarle la vida, pero prefiere morir antes que reconocer su culpabilidad: "Venga lo que viniere, cogeré mi carne con los dientes, llevaré en las manos mi vida, y aunque me mate, le aguantaré, con tal de defenderme en su presencia" (13, 13-15).

En resumen, toda la primera parte de la obra es un esfuerzo inútil de los amigos por convencer a Job de que reconozca su pecado. Job no está dispuesto a hacerlo, porque se considera inocente. Lo único que le interesa es enfrentarse con Dios cara a cara, discutir con él. Por eso termina convocándolo a juicio una vez más (31, 25-37).

“Entonces, el Señor habló a Job desde la tormenta” (38,1). Accede a la petición de comparecer, pero no se presta al diálogo, no escucha y responde. Sólo interroga y apabulla a Job. El contenido de sus dos discursos lo forman una serie de descripciones sobre la tierra, el mar, la aurora, los meteoros, las constelaciones, el ibis, la leona... Estos capítulos pertenecen al mejor género narrativo de la antigüedad y resaltan como pocos la sabiduría y el poder divino. Sin embargo, nos sentimos irritados. Es como si Dios no quisiera coger el toro por los cuernos y buscarse escapatórias.

Pero, en realidad, Dios ataca el problema de frente. Hay una cosa que Job desea aún más que verse libre de su pena: discutir con Dios. Y Dios le demuestra que no es nadie para discutir con él. Job lo reconoce ya en 40,2-4, pero el Señor continúa su asedio hasta arrancarle la confesión definitiva (42,2-6):

“Reconozco que lo puedes todo y ningún plan es irrealizable para tí;
yo, el que empañé tus designios con palabras sin sentido,
hablé de grandezas que no entendía,
de maravillas que superan mi comprensión.
Te conocía sólo de oídas,
ahora te han visto mis ojos:
por eso me retracto y me arrepiento
echándome polvo y ceniza”.

La clave de este final radica en el nuevo conocimiento de Dios, totalmente distinto a esa “teo-logía” o “teo-dicea” que se limita a transmitir un conocimiento “sólo de oídas”. “Dios

era un tema de discusión en la boca de los amigos, Dios es ahora uno a quien Job ha encontrado” (Alonso Schökel). Y este encuentro personal le permite a Job superar su problema y eliminar el escándalo.

Pero este final es sorprendente, más de lo que se cree. Porque viene a decirnos que el problema del mal no tiene solución a nivel de teoría. Job no puede convertir su nueva vivencia de Dios en un sistema explicativo. Porque entonces adoptaría la postura de cualquiera de sus amigos. Job no *da* una solución universal, la *encuentra* personalmente. Lo único que puede decirnos es: “Ve, y haz tú lo mismo”, rebélate contra Dios, lucha con El, insúltalo... hasta que se presente frente a tí, te apabulle con su poder y sabiduría, y termines conociéndolo de forma nueva. Verás como entonces todo cambia.

5. LA SUPERACION DEL ESCANDALO

Israel no se limitó a sentir el escándalo del mal en sus diversas formas. Intentó superarlo. Las páginas anteriores reflejan diversas posturas, que sus representantes consideraban capaces de llevar a una solución: la actitud de espera y confianza, la resignación, la rebeldía.

Otras veces se intentó superar el escándalo buscando una explicación intelectual. Ya hemos hecho referencia a la antigua idea de la retribución (la Némesis), que podemos encontrar en Génesis 2-3 y se prolonga en numerosos textos del AT, siendo elevada a categoría explicativa de toda la historia en la obra deuteronomista: “nin-

gún pecado queda sin castigo; en el fondo de toda desgracia hay un pecado que la explica". Aunque este principio chocaba con la realidad, arraigó de tal forma que todavía lo encontramos en tiempos de Jesús; recordemos las palabras de los discípulos a propósito del ciego de nacimiento: "Maestro, ¿quién tuvo la culpa de que naciera ciego, él o sus padres"? (Jn 9,2). No se trata de un descuido, de una desgracia corriente; es una culpa moral, un pecado, el que, según los discípulos, está en la base de la ceguera física.

Ya que esta idea de la Némesis no podía explicar todos los casos, el antiguo Israel recurrió a veces a otra explicación del mal: la acción pedagógica de Dios. El Señor actúa secretamente en medio de los padecimientos para ir educando al hombre. Esta idea es más frecuente entre los maestros de la sabiduría que entre la gente sencilla. Elifaz, por ejemplo, dice a Job:

"Dichoso el hombre a quien
Dios corrige,
no rechaces el escarmiento del
Todopoderoso" (Job 5,17).

En la misma línea afirma el libro de los Proverbios:

"Hijo mío, no rechaces el castigo del Señor,
no te enfades por su reprensión;
porque el Señor reprende a los
que ama,
como un padre al hijo preferido" (Prov. 3,11s).

Según el autor del Eclesiástico, de esta corrección y pedagogía divinas sale el hombre acrisolado y enaltecido:

"Hijo mío, cuando te acerques
al temor de Dios,
prepárate para las pruebas;
mantén el corazón firme, sé valiente,
no te asustes en el momento de la prueba;
pégate a él, no lo abandones,
y al final serás enaltecido.
Acepta cuanto te suceda,
aguanta enfermedad y pobreza:
porque el oro se acrisola en el fuego
y el hombre que Dios ama en el horno de la pobreza"
(Eclo 2, 1-5).

Es interesante notar que esta idea de la pedagogía divina se aplica también a la historia. Las malas épocas aparecen como pruebas dispuestas por Dios: "Debemos dar gracias al Señor, que ha querido probarnos como a nuestros padres. Recordad lo que hizo con Abrahám, las pruebas por que hizo pasar a Isaac, lo que le aconteció a Jacob en Mesopotamia de Siria... Como les puso a ellos en el crisol para sondear sus corazones, así el Señor nos hiere a nosotros, los que nos acercamos a él, no para castigarnos, sino para amonestarnos" (Judit 8,25-27).

Pero debemos reconocer que toda teoría tiene sus puntos débiles, por muy perfecta que sea. Deja insatisfechos. En definitiva, el escándalo que provoca el mal no puede superarse con ideas más o menos rebuscadas. Quizás la única forma de superarlo es aceptando el sufrimiento y la muerte como una realidad salvífica, positiva. Un autor del siglo VI a. C., Deuteroisaias, entrevió esta solución nueva y tan audaz en sus famosos cantos del Siervo de Dios (Is 42,1-4;

49,1-7; 50,4-9; 52,13-53,12). Pero debemos añadir enseguida que esta nueva visión no tuvo éxito dentro de Israel. Parecía una locura, y el Targum de Isaías se encargó de ofrecer una imagen totalmente distinta de ese Siervo de Dios, en la que el sufrimiento y la muerte quedaron sustituidos por el triunfo y la gloria.

Fue la Iglesia primitiva quien recobró el sentido auténtico de estas profecías, entendiéndolas en ellas el destino de Jesús de Nazaret. Ahora el dolor y la muerte adquieren con él un sentido nuevo, igual que todos los posibles escándalos de la sociedad y de la historia. Pero esto cae ya fuera de nuestro tema.